



CAPITULO IV

Los Jacobinos

Peligro de la Francia.—El suceso de Nancy hace sospechosa á la guardia nacional.—Nuevos trastornos en el Mediodía.—Federación contrarrevolucionaria de Jalés —El rey consulta al Papa; protesta dirigida al rey de España (6 de Octubre de 1790).—Acuerdo de la Europa contra la Revolución —La Europa obtiene una fuerza moral del interés que inspira Luis XVI.—Necesidad de una grande asociación de vigilancia.—Origen de los jacobinos (1789).—Ejemplo de una federación jacobina.—Qué clases reclutaban los jacobinos.—¿Tenían un credo terminante?—¿En qué modificaban el antiguo espíritu francés?—Formaban un cuerpo de vigilantes y acusadores; una inquisición contra otra inquisición.—La sociedad de París es por lo pronto una reunión de diputados (Octubre del 98).—Prepara las leyes y organiza una policía revolucionaria.—La Revolución toma de nuevo la ofensiva (Septiembre del 90).—Fuga de Necker—Terror de los nobles duelistas.—Los jacobinos le oponen el terror del pueblo—El palacio de Castries saqueado (13 de Noviembre de 1790).

La matanza de Nancy es una era verdaderamente funesta, de la que se podría hacer datar los primeros comienzos de divisiones sociales que más tarde, desenvueltas con el industrialismo, han llegado en nuestros días á ser el grande obstáculo, el atolladero real de la Francia, el secreto de su debilidad, la esperanza de sus enemigos.

La aristocracia europea, su gran agente, la Inglaterra, deben dar gracias aquí á su buena fortuna. La Revolución tendrá un brazo en castrillo y sólo con el otro podrá luchar contra ellas.

Este pequeño combate de Nancy tuvo los efectos de una gran victoria moral. Hizo sospechosas de aristocracia á las dos fuerzas que acababa de crear la Revolución, sus propias municipalidades revolucionarias, su guardia nacional.

Se dijo, se repitió, se creyó y aún lo creen muchos, que la guardia nacional había combatido por Bouillé, y sin embargo ya hemos visto que con las cartas de Lafayette, con los esfuerzos de sus ayudantes de campo, enviados expresamente de París, Bouillé no pudo reunir, en una ruta bastante larga, más que setecientos guardias nacionales, probablemente nobles, ó sus arrendadores, sus guarda-bosques, etc. Pero los verdaderos guardias nacionales, los paisanos propietarios de la comarca de

Nancy, formando ellos solos dos mil hombres, tomaron parte por los soldados, y á pesar del abandono de los dos regimientos franceses, tiraron sobre Bouillé.

Por último, al saberse que los austriacos habían obtenido el pasaje, treinta mil guardias nacionales se habían puesto en movimiento.

Cosa extraña. Fueron principalmente los amigos de la Revolución los que dieron fuerza y crédito á este rumor, que la guardia nacional se había decidido por Bouillé. Su odio hacia Lafayette, hacia la aristocracia burguesa que tendía á aumentar su fuerza con la guardia nacional de París, les hizo escribir, imprimir, divulgar lo que la contrarrevolución quería hacer creer en Europa.

La conclusión fué para la Europa, que era necesario que la Revolución francesa fuera una cosa muy execrable para que las dos fuerzas creadas por ella, la guardia nacional y las municipalidades, se volvieran en contra suya.

¡Lafayette armando á Bouillé! ¡La autoridad revolucionaria no pudiendo restablecer el orden más que con la espada de la contrarrevolución! ¿Qué cosa más abonada para persuadir que ésta, la contrarrevolución, era la verdadera fuerza, que era el verdadero partido social? El rey, los sacerdotes, los nobles, se afirmaron más en la convicción de que ellos tenían sobre la legitimidad de su causa. Se entendieron y se aproximaron; divididos é impotentes en el período anterior, quieren unirse en éste fortaleciéndose mutuamente.

Las asociaciones que se creía habían muerto, volvieron á levantar fieramente la cabeza. El Parlamento de Tolosa anula los procesos formados por una municipalidad contra los que despreciaban la escarapela tricolor. La Cámara de subsidios concedía ganancias á los que rehusaban los pagos asignados. ¡Los cobradores no los quieren!

Los arrendatarios generales prohíben á sus dependientes que los reciban. Rechazar la moneda de la Revolución es el medio más sencillo de sitiarse por hambre, de obligarla á la bancarrota y de vencerla sin combate.

Pero los fanáticos quieren el combate; todo esto es para ellos muy lento. Los de Montaubán persiguen á pedradas á las patrullas de un regimiento patriota. En uno de los mejores departamentos, el de Ardeche, los de la emigración, los Froment, los Astraique, organizan un vasto y atrevido complot para emplear las fuerzas de la guardia nacional contra ella misma, para convertir las federaciones en instrumento de la ruina del espíritu que las creó.

Se llama á una fiesta federativa, cerca del castillo de Jalés, á los guardias nacionales de Ardeche, de Herault y de Lozère, bajo el pretexto de renovar el juramento cívico. Hecho esto, al concluir la fiesta el comité federativo, los alcaldes y los oficiales de guardias nacionales, los diputados del ejército suben al castillo de Jales y allí determinan que el comité será permanente, que quedará constituido en cuerpo autori-

zado, asalariado, que será el punto central de los guardias nacionales, que entenderá en las peticiones del ejército, que hará rendir las armas á los católicos de Nimes, etc. Y todo esto no tenía la más pequeña parte de conspiración aristocrática oculta. Había una base de fanatismo popular. Guardias nacionales tenían en el sombrero la cruz de las hermandades del Mediodía; batallones enteros llevaban la cruz por bandera. Un tal abate Labastida, general de los cruzados, teniendo cinco guardias de corps por ayudantes de campo, caracoleaba sobre un caballo blanco excitando á los paisanos á marchar sobre Nimes para libertar á sus hermanos prisioneros, mártires de la fe.

La Asamblea nacional, advertida y alarmada, dió un decreto para disolver esta Asamblea de Jalés, decreto tan poco eficaz que la Asamblea duraba aún en la primavera.

La idea que cundía afirmándose en los espíritus de que una gran parte de la guardia nacional era favorable á la contrarrevolución, debió contribuir más que otra cosa alguna á hacer salir al rey de sus vacilaciones y á hacerle realizar en Octubre dos actos decisivos. Se encontraba en esta época irrevocablemente firme en la cuestión religiosa, la que más vivamente le tocaba al corazón. En Julio había consultado al obispo de Clermont para saber si podría sancionar la constitución del clero sin peligro para su alma. A fines de Agosto había hecho la misma pregunta al Papa. Aunque el Papa no diera una respuesta clara, temiendo irritar á la Asamblea y hacer precipitar la reunión de Aviñón, no pudo caber duda que en Septiembre el Papa hizo saber al rey su vivísima desaprobación de los actos de la Asamblea. El 6 de Octubre Luis XVI envió al rey de España, su pariente, una protesta contra todo lo que pudieran obligarle á sancionar. Adoptó en seguida la idea de la huida, que siempre había rechazado hasta entonces, no una huida pacífica á Rouen como la había aconsejado Mirabeau, sino una huida al Este en son de guerra para volver á mano armada.

Este proyecto va recomendado siempre por Breteuil, el hombre del Austria, el hombre de María Antonieta; fué reproducido en Octubre por el obispo de Pamiers que le hizo agradable al rey y obtuvo plenos poderes para Breteuil de tratar con las potencias extranjeras, y fué reenviado á París para entenderse con Bouillé. Estas negociaciones, comenzadas por el obispo, fueron continuadas por M. de Fersen, un sueco muy personalmente, muy tiernamente adicto á reina hacía largos años, que había venido expresamente de Suecia y le era muy querido.

España, el emperador y la Suiza respondieron favorablemente, prometiendo recursos.

España é Inglaterra, que parecían próximas á hacer la guerra, hicieron traición el 27 de Octubre.

El Austria no tardó en unirse con los turcos, la Rusia con la Suecia. De manera que en algunos meses la Europa se encontró reunida de un lado y la Revolución sola del otro.

Procedamos con orden y método. Es bastante matar una revolución por año. Este año la de Brabante; el año próximo la de Francia.

¡Hermoso espectáculo! La Europa contra el Brabante; el mundo unido marchando en son de guerra; la tierra temblando bajo el peso de los ejércitos... Y todo para aplastar una mosca. Y todavía con estas fuerzas los valientes empleaban las armas de la perfidia para completar su obra. Los austriacos, por Lamark, amigo, agente de la reina, se habían dirigido á los belgas, complaciendo á sus *progresistas*, dándoles esperanza de progreso, mostrándoles un mundo de oro en el corazón del filántropo y sensible Leopoldo. El día en que Leopoldo estuvo seguro de Inglaterra y de Prusia, se burló descaradamente de ellos.

He aquí lo que había sucedido entre nosotros á los Mirabeau, á los Lafayettees, á los que sostenían al rey, fuese por interés, fuese por una adhesión cordial llena de piedad. Cosa grave y que hacía aquel peligro fuese quizás el más profundo de la situación, que la realeza tan cruelmente opresiva en Europa, tan brutalmente tiránica para los débiles (poco hacía se había visto en Ginebra, en Holanda y al mismo tiempo en Bruselas y en Lieja), la realeza, repito, al mismo tiempo que interesaba en París obtenía por Luis XVI y su familia una incalculable fuerza de simpatía y de consideración. Así ella se aprovechaba de la espada y del puñal y ella era, sin embargo, la que lloraba. La situación del rey, objeto de todas las conversaciones en todas las naciones del mundo, verificaba lo que hay de más raro en nuestros tiempos modernos, lo que hay más poderoso, más temible, ¡una leyenda popular!, una leyenda contra la Francia. Todo el mundo hablaba de Luis XVI y nadie hablaba de la pobre Lieja bárbaramente ahogada por el cuñado de Luis XVI. Lieja, nuestra vanguardia del Norte, que en otro tiempo para salvarnos había perecido dos ó tres veces; Lieja, nuestra Polonia de Meuse... desdenosamente destrozada entre estos colosos del Norte, sin que nadie lo mirase. ¿Pero cómo explicar que el corazón humano tenga caprichos tan injustos en su piedad?...

Desde cualquier punto que yo mire, veo un inmenso, un temible lazo tendido por todas partes, por fuera y por dentro. Si la Revolución no encuentra una fuerza de asociación muy concentrada, si no se afirma con un violento esfuerzo sobre sí misma, entiendo que irremisiblemente perecemos. No son seguramente las inocentes federaciones que mezclaban indistintamente los amigos y los enemigos por un ciego impulso de sensibilidad fraternal; no son ellas, no lo esperamos, las que nos han de sacar de aquí.

Son necesarias las asociaciones mucho más fuertes; son necesarios los jacobinos.

Una organización vasta y fuerte de vigilancia inquieta sobre la autoridad, sobre sus agentes, sobre los sacerdotes y los nobles. Los jacobinos no son la Revolución, sino el ojo de Revolución, el ojo avizor para vigilar, la voz para acusar y el brazo para herir.

JACOBINOS
M

Asociaciones espontáneas, naturales, á las que inútilmente se buscaría un origen misterioso ó unos dogmas ocultos, salían de la situación misma, de la necesidad más imperiosa; la de la salvación. Ellas fueron una pública y patente conjura contra la conspiración, en parte visible, en parte escondida de la aristocracia.



BUROT

Sería muy injusto para esta asociación poner su origen, encerrar su historia entera en la sociedad de París. Esta, mezclada más que otra alguna de elementos impuros, poco escrupulosa en la elección de medios, ha lanzado frecuentemente á sus hermanas, las sociedades de provincias, que la seguían dócilmente, en las vías del maquiavelismo.

El nombre de *sociedad madre* que se emplea frecuentemente, haría creer que todas las otras fueron sociedades sucursales de la calle de Saint-Honorét. La sucursal central fué *madre* de sus hermanas; pero lo

fué por adopción. Estas nacían de ellas mismas. Son todas ó casi todas clubs improvisados en cualquier peligro público, en cualquiera emoción viva. Multitudes de hombres se reúnen entonces. Algunos persisten, y aunque la crisis haya concluído, continúan reuniéndose, comunicándose sus temores, sus desconfianzas; se inquietan, se informan, escriben á las ciudades vecinas, á París. Estos, estos son los jacobinos.

La situación, sin embargo, no consiste completamente en la formación de estas sociedades. Su origen corresponde también á una especialidad de carácter. El jacobino es una especie muy original y particular. Hay muchos hombres que han nacido jacobinos. En el arrebatado entusiasmo tan general de la Francia, en los momentos de simpatías fáciles y crédulas en que el pueblo sin desconfianza se arroja en brazos de sus enemigos, esta clase de hombres más clarividentes ó menos propensos á la simpatía, se mantienen en prudente y firme desconfianza. Se los ve en las federaciones, aparecer en las fiestas, mezclarse en la multitud, formando siempre un cuerpo aparte, un batallón de vigilancia que en el entusiasmo mismo avisa los peligros de la situación.

Algunos hicieron su federación aparte entre ellos, á puertas cerradas. Citemos un ejemplo.

Veo en un acta inédita de Rouen que el 14 de Julio de 1790 tres amigos de la Constitución (este es el nombre que tomaban entonces los jacobinos) se reunieron en casa de una señora viuda, persona rica y considerada en la ciudad; allí prestaron en sus manos el juramento cívico. Se cree ver á Catón y á Mario en Lucano:

Junguntur tæciti contentique, auspice Bruto...

Enviaron valientemente el acta de su federación á la Asamblea nacional, que recibía al mismo tiempo el acta de la gran federación de Rouen, en la que aparecían las firmas de los diputados de sesenta poblaciones y de medio millón de hombres.

Los tres jacobinos son: un sacerdote, limosnero de la Conserjería y dos cirujanos. Uno de ellos ha llevado á su hermano, impresor del rey en Rouen. Añadid dos mocitos, nieto y sobrino de la dama, y dos mujeres probablemente de su casa. Los ocho juntos hacen el juramento en manos de esta nueva Cornelia; en seguida presta ella sola el juramento. Pequeña sociedad, pero completa. La dama (viuda de un negociante ó armador) representa las grandes fortunas comerciales. El impresor es la industria. Los cirujanos, he aquí las capacidades, los talentos y la experiencia. El sacerdote, he aquí la revolución misma; ya no será sacerdote en lo sucesivo: él es quien escribe el acta, la copia, la notifica á la Asamblea nacional; él es el agente de este negocio, como la dama es el centro. Por él se completa esta sociedad, aunque no se vea el personaje que es la clave de toda esta sociedad reunida, el abogado y procurador. Capellán del Palacio de Justicia, en la Conserjería limosnero de los presos, confesor de los condenados al suplicio, dependiente del Parlamento

ayer, jacobino hoy y declarándose como tal á la Asamblea, vale por su audacia y su actividad más que tres abogados.

No hay que admirarse de que una dama sea el centro de esta pequeña sociedad. Muchas mujeres entraban en estas asociaciones, mujeres muy serias, con todo el fervor de sus corazones femeninos, con un ardor ciego, confuso, de afecciones y de ideas, espíritu de proselitismo, las pasiones todas de la Edad Media al servicio de la fe nueva. Esta mujer de que hablamos había sido seriamente probada; era una dama judía, que vió convertirse á toda su familia y quedó ella sola israelita; había perdido á su marido, después á su hijo (por un accidente espantoso) y persistía en aceptar la Revolución rica y sola. Debió ser fácilmente llevada por sus amigos, lo supongo, á dar su protección al nuevo sistema y á comprometer su fortuna con la adquisición de fincas nacionales.

¿Por qué esta pequeña sociedad hace su federación aparte? Porque Rouen en general le parece demasiado aristócrata, porque la gran federación de sesenta ciudades con sus jefes M. d'Estouteville, d'Herbouville, de Sévrac, etc., esta federación, mezclada de nobleza, no le parecía bastante pura; porque al fin fué hecha el 6 de Junio y no el 14, día sagrado de la toma de la Bastilla. Por esto el 14 estos ocho valientemente aislados, lejos de los profanos y de los tímidos celebran el día santo. No quieren confundirse; por muchos conceptos ellos son escogidos, como lo eran la mayor parte de estos primeros jacobinos, una especie de aristocracia, ó del dinero, ó del talento, ó de la energía en competencia natural con la aristocracia del nacimiento.

Nada de pueblo en esta época; en las sociedades jacobinas nada de pobres. En las ciudades, sin embargo, ó donde había rivalidad de dos clubs, donde el club aristocrático (como sucedía muchas veces) usurpaba el título de amigos de la Constitución, el otro club del mismo nombre no dejaba de prestarse más fácilmente á las admisiones, con el fin de competir en número, y admitía gentes de clase inferior, tenderos é industriales de poca fortuna. En Li6n, y sin duda en otras ciudades manufactureras, los obreros asistían temprano á las discusiones de los clubs.

El verdadero fondo de los clubs jacobinos consistía, no en los primeros, tampoco en los últimos, sino en una clase distinguida, aunque secundaria, que desde hacía largo tiempo había hecho una guerra sorda contra el magistrado que la rechazaba con su orgullo. El procurador, el cirujano, querían elevarse al nivel del abogado y del médico; el clérigo abrazábase contra el obispo. El cirujano, en este siglo, á fuerza de mérito había roto la valla y alcanzado casi la igualdad. El Chatelet sostenía una guerra incesante contra el Parlamento; vencía en el 89 y hubo un momento (¿quién lo habría creído?) en que fué el gran tribunal nacional. El célebre fundador de los jacobinos de París, Adriano Duport, era un hombre del Chatelet que llegó hasta el Parlamento, pero que desde

la Revolución reaparecía hombre del Chatelet y deshizo á los parlamentarios.

Todo esto, en conjunto, hacía de los jacobinos una clase de hombres áspera, desconfiada, muy ardiente y muy contenida, más positiva y más hábil que habría podido esperarse de sus teorías poco precisas y concretas. Aunque las antiguas envidias y rivalidades y las ambiciones nuevas hayan sido un potente estímulo para ellos, aunque las intrigas de diversos partidos hayan explotado estas sociedades, su carácter en general claramente expresado en el ejemplo que hemos citado, es originariamente el de asociaciones naturales, espontáneas, formadas por una verdadera religión patriótica, una devoción austera á la libertad, una pureza cívica muy exigente y con tendencias constantes á la depuración.

¿Cuál era el símbolo de estas pequeñas iglesias? Esta fe ardiente ¿había tenido un *Credo* bien formulado? No; muy vago todavía, presentaba aún indudablemente principios contradictorios. Todos, casi todos, realistas en esta época, eran muy desabridos para con el rey. Todos ellos estaban dominados por Rousseau, por el famoso principio de la filosofía del siglo: retornad á la naturaleza. Y sin embargo, con esto muchos se creían cristianos, se adherían, al menos de nombre, á las antiguas creencias que condenan la naturaleza, que la proclaman perversa, decaída.

Esta misma contradicción, esta ignorancia, esta fe en el principio nuevo, poco profundamente conocido aún, tiene algo de respetable. Es la fe en un Dios desconocido. Y esta fe en ellos no es menos activa. Ella eleva, fortifica las almas. Como su maestro Rousseau, estos creyentes levantan sus miradas, dirigen su emulación hacia los nobles modelos de la antigüedad, hacia los héroes de Plutarco. Si no penetran bien en el fondo del genio de esa antigüedad, sienten al menos su austeridad moral, su fuerza estoica, y sacan de ella su inspiración para los acontecimientos civiles; aprenden lo que cupo mejor, lo que ellos mismos habrían necesitado saber y abrazar en sus caminos peligrosos: ¡la muerte!

¡Cosa ardua y difícil de explicar! Ellos sacan de allí una profunda modificación del espíritu de la antigua Francia.

Este espíritu tendía á dos cosas imposibles de conciliar con la Revolución, con la lucha violenta que debía sostener. Por una parte cierta facilidad de confianza y de creencia, una deferencia muy grande hacia los demás, cierto barniz de buen trato y de dulzura, encantadoras y fatales cualidades que tantas veces nos han sido funestas. El otro carácter del viejo espíritu francés tendía á lo que se llama el honor, á ciertas delicadezas de procedimientos, á ciertos prejuicios también, á la facilidad, por ejemplo, con la cual se admitía que un hombre por haberos insultado debe degollaros también; opinión que en teoría parte de la estima en que se tiene el valor, y que en la práctica entrega con frecuencia á los valientes en manos de los hábiles. Estos dos caracteres de la antigua Francia fueron despreciados por los jacobinos.